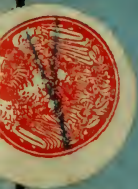


EL HOMBRE
SIN
PATRIA

PS
1772 HALE
M357





Class PS 1772

Book .M 357

Copyright N^o _____

COPYRIGHT DEPOSIT.

EL HOMBRE SIN PATRIA



Nolan . . . como si hubiera sido el Jefe de la Batería, dió sus órdenes con autoridad.

EL HOMBRE SIN PATRIA

POR

EDUARDO EVERETT HALE

TRADUCIDO

POR

CLARA GILLIES DE BISCHOFF

(EX-DIRECTORA DE LA ESCUELA NORMAL NACIONAL

DEL

ROSARIO DE SANTA FÉ

(REPÚBLICA ARGENTINA)



D. APPLETON AND COMPANY
NEW YORK LONDON

1918

Price \$.75 net

PS 1772
M357

COPYRIGHT, 1918, BY
D. APPLETON AND COMPANY



MAY 20 1918

Printed in the United States of America

©CL.A497332

no. 1.

PREFACIO

ADVERTENCIA DE LA TRADUCTORA

En ninguna época de la historia del mundo ha tenido la palabra patriotismo tanta significación como la tiene hoy. Mientras que Europa se encuentra convulsionada por la guerra más sangrienta de todas las edades, las Republicas del Nuevo Mundo deberían penetrarse más de los grandes principios que les dieron nacimiento: *Libertad e Igualdad*.

La historieta que contiene este pequeño libro llama al alma de la juventud de todas las Repúblicas de Norte y Sur América. Es simplemente una alegoría, pero enseña el valor del patriotismo—el amor a la Patria—este gran principio, con frecuencia olvidado en los países del sol, en donde la vida es tan fácil y en los que desgraciadamente existe una influencia adversa—el elemento extranjero del Viejo Mundo—que a veces consciente o inconscientemente afecta al hijo del país.

Ciegamente se ha creído en los pueblos de las dos Américas que el extranjero del Viejo Mundo, que ellos recibieron con tanta alegría y cariño y que voluntariamente juró

defender a su patria adoptiva, llegaría a ser por regla general un ciudadano leal. La bárbara guerra actual ha demostrado lo falaz de esta teoría.

Si la moral de esta historieta llega a conservar vivo en el corazón de sus jóvenes lectores el *Espíritu de Libertad y Lealtad a sus Banderas*, entonces, su misión habrá sido realizada.

CLARA GILLIES DE BISCHOFF.

INTRODUCCION

“El Hombre sin Patria” apareció por primera vez en la Revista *Atlantic Monthly* en diciembre de mil ochocientos sesenta y tres. Fué deseo del autor, que se publicase bajo el velo del anónimo con la esperanza de que se atribuyera á uno de los oficiales de la Armada; pero desgraciadamente el individuo que compiló el indice anual de la Revista, reconoció la letra del manuscrito, y el doctor Eduardo Everett Hale fué acreditado como autor de la obra.

La narración se escribió durante la época más triste de la guerra civil, lucha que constituye quizás la página más tétrica en la historia de nuestra República. Se escribió, cuando la mitad de los habitantes de los Estados Unidos ardía en celo patriótico y estaba dispuesta á perder la vida por conservar la Unión, mientras la otra mitad se empeñaba en deshacer lo que creía era solamente una confederación de estados, sin acuerdo alguno entre ellos, y maldecía a los Estados Unidos, tal como lo hizo entonces Philip Nolan. Se escribió, cuando el Presidente agobiado por el dolor, a causa de la

pérdida de los miles de valientes que iban cayendo en los campos de batallas, sufría en penoso silencio el odio que se amontonaba sobre él por la oposición política; cuando el patriotismo se predicaba en todas partes, se cantaba por nuestros poetas y era sentido hondamente por el pueblo.

Esta historia, publicada en tales momentos, fué aceptada con gran entusiasmo. Hiciéronse muchas ediciones y fué traducida a varios idiomas. Muchas personas la creyeron como una relación fiel de hechos verdaderos, y provocó grandes discusiones sobre si Philip Nolan fué una persona real o imaginaria; y algunos aún llegaron hasta identificarlo con personas conocidas.

Hoy dia sabemos que esta narración es completamente ficticia, y que fué destinada por el autor a estimular en el corazón del pueblo el amor a la Patria, sentimiento que la guerra estaba poniendo a dura prueba, y sabemos que el castigo que sufrió Philip Nolan no se impondría jamás en los Estados Unidos a persona alguna. Sin embargo, la lección que enseña sobre el valor del patriotismo, vivirá en nuestros corazones mientras la bandera de los Estados Unidos sea el símbolo de la libertad.

EL HOMBRE SIN PATRIA

SUPONGO que muy pocos lectores del *Herald de Nueva York*, de fecha trece de agosto, leyeron entre los avisos de defunciones el anuncio siguiente:

“PHILIP NOLAN—Murió a bordo del crucero Corvette *Levant* de los Estados Unidos, el once de Mayo, Lat. 2°11' Sud y Long. 131° Oeste.”

Yo que por casualidad me encontraba esperando en la casa de misiones de la ciudad de Mackinaw el vapor del Lago Superior, el cual á mi juicio no había de llegar nunca,

EL HOMBRE SIN PATRIA

cansado y aburrido de tanto esperar, leí todo el Herald, y en la sección de defunciones observé el anuncio arriba expuesto. Mi memoria para conservar nombres así como para reconocer a personas es buena. El lector verá que yo tenía bastante motivo para recordar á Philip Nolan. Muchísimos, seguramente, se hubieran fijado más en el anuncio, si el oficial del "Levant," quien dió cuenta de lo ocurrido, lo hubiese publicado de este modo: "Murió el 11 de mayo EL HOMBRE SIN PATRIA," apodo con que el pobre Nolan era generalmente conocido, no solamente por los oficiales a cuyo cuidado estuvo confiado por espacio de cincuenta años, sino también por todas las tripulaciones con quienes navegó. Creo que mu-

EL HOMBRE SIN PATRIA

chos de los que cada quince días se sentaban con él a la mesa, durante su expedición naval de tres años, nunca supieron cuál fué su apellido, o si en realidad el desgraciado tuvo alguno.

Hoy no se puede perjudicar á nadie contando la triste historia de este desdichado. Hubo sobrada razón, desde el término de la presidencia de Mádison en 1817 hasta ahora, para guardar sobre ella completo silencio; el silencio de honor por parte de los oficiales de la Armada á cuyo cargo estuvo sucesivamente Nolan, y ciertamente este hecho prueba muy bien el “sprit de corps” de la profesión naval, asi como el honor de la oficialidad, ya que la historia de este hom-

bre fué completamente desconocida por la prensa y por el pueblo.

Tengo motivos para creer, por algunas investigaciones que hice en los archivos navales cuando era empleado en la oficina de construcciones, que todos los informes relativos á la historia de Nolan fueron destruidos cuando Ross incendió los edificios públicos de Washington. Uno de los Tuckers ó tal vez uno de los Watsons, estaba á cargo de Nolan á fines de la guerra; y cuando de vuelta de su expedición dió cuenta de lo ocurrido a uno de los Crowninshields, empleado entonces en el Departamento Naval, encontró que allí se ignoraba por completo el asunto. Si realmente nada sabían, o si era un “non mi ricordo” con fines diplomáticos, yo no

EL HOMBRE SIN PATRIA

lo sé. Lo que si sé muy bien es que desde 1817, y probablemente antes, ningún oficial de marina había mencionado á Nolan en sus informes. Pero como lo digo, no hay ahora motivo alguno para guardar silencio, y como el pobre Nolan ha muerto, me parece que vale la pena de contar algo de su historia con el objeto de mostrar á los jóvenes americanos lo que es ser UN HOMBRE SIN PATRIA.

Philip Nolan fué uno de los oficiales más gallardos y cumplidos de la "Legión del Oeste," como se llamaba entonces a esta división de nuestro ejército. Cuando el célebre Aaron Burr hizo su primera arrogante expedición á Nueva Orleans en 1805, quiso la suerte que en una comida que se celebró en el Fuerte

EL HOMBRE SIN PATRIA

Massac, ó en algún otro lugar sobre el mismo rio, encontrase a este simpático y elegante joven. Burr fijó su mirada fascinadora en él, le habló, le invitó á pasear y le llevó por unos dias a bordo de su bote.

Durante el año siguiente, la vida de cuartel fué para el pobre Nolan monótona por demás. De vez en cuando se valía del permiso que le había concedido el gran hombre, para dirijirse a él por escrito. El joven le escribió una y otra vez, cartas en estilo pesado y pomposo, pero nunca recibió contestación alguna. Los otros oficiales del cuartel se burlaban de él porque sacrificaba á este afecto por un hombre político, afecto no correspondido, las horas que ellos dedicaban al juego.

EL HOMBRE SIN PATRIA

Un día Nolan tomó el desquite, como más tarde lo diré. Burr volvió esta vez, no sólo como abogado en busca de un lugar para establecer su despacho, sino como un conquistador incógnito. Había vencido a no sé cuantos Fiscales de Distrito; se le había obsequiado y alabado por doquiera; la prensa se había ocupado mucho de él; y aún corría la voz de que tenía trás de sí un ejercito y por delante un imperio. Para Nolan fué un gran día la llegada de este personaje, porque no hacía media hora que se encontraba en el Fuerte, cuando le mandó llamar, y esa misma tarde logró que el joven lo llevara en su bote con el pretesto de enseñarle un cañaveral ó una alameda, según dijo; pero realmente su objeto prin-

principal fué el de seducirle, lo cual consiguió ciertamente, porque cuando regresaron ya Nolan no era dueño de su voluntad. Desde aquel momento perteneció á Burr en cuerpo y alma, y aun cuando no se dió cuenta de ello, empezó su vida de HOMBRE SIN PATRIA.

Cuáles fueron las intenciones de Burr, lo sé tanto como puede saberlo el lector, ni tiene importancia alguna para nuestra historia. Lo único evidente es que, cuando las maquinaciones del político salieron á la superficie, ocurrían algunas “escenas” en el Fuerte Adams, las cuales no eran otra cosa que un encadenamiento de Consejos de Guerra contra los oficiales. Los coroneles y mayores, fueron unos tras otros llamados a com-

EL HOMBRE SIN PATRIA

parecer ante la corte marcial, completándose la lista con el nombre del infeliz Nolan, contra quien, Dios lo sabe, había pruebas de sobra bastante comprometedoras; estaba cansado del servicio; pronto á ser desleal al ejército; y hubiera obedecido cualquier orden para marcharse con cualquier persona si la orden estuviese firmada por "Su Excelencia A. Burr." El Consejo de Guerra seguía lentamente su curso. Los pájaros grandes escapaban, con razón, talvez. Nolan fué hallado culpable, como ya se ha dicho. Sin embargo, ni el lector ni yo hubiéramos sabido nada del joven si no fuese por una pregunta del Presidente del Consejo de Guerra. Al final del proceso, el Presidente preguntó á Nolan si

EL HOMBRE SIN PATRIA

tenía algo que decir en su defensa, si, en una palabra, había sido siempre fiel a los Estados Unidos. Entonces el joven, en un paroxismo de rabia, gritó: “Malditos sean los Estados Unidos.” “No quiero jamás volver a saber nada de los Estados Unidos.”

Es de suponerse que no comprendió la fuerza de sus palabras, ni el efecto de ellas sobre el viejo Coronel Morgan, que presidía el Consejo de Guerra. La mitad de los miembros de que el Consejo estaba constituido, había combatido en la Guerra de la Independencia; había expuesto su vida, y hasta hecho frente al peligro de la horca en defensa de esa misma idea que el joven maldijo tñ arrogamente en su locura. Puede alegarse en su favor el hecho de que

EL HOMBRE SIN PATRIA

el joven había sido criado en el teatro de las conspiraciones, tales como la española, la conspiración de Orleans y otras intentonas de traición. Vivía en una hacienda donde fué educado, y en donde las mejores relaciones de su casa se componían de oficiales españoles y comerciantes de Orleans. Su educación se completó haciendo viajes comerciales á Veracruz. Creo que una vez me dijo que su padre le proporcionó durante un invierno un profesor inglés. Nolan pasó la mitad de su adolescencia con su hermano mayor cazando caballos salvajes en Tejas. En fin, para él, los Estados Unidos no representaban sino una idea muy vaga. Sin embargo, durante los años que estuvo en el ejército, los "Estados Unidos" le

EL HOMBRE SIN PATRIA

habían mantenido. El había jurado por su fé de cristiano, ser fiel á los “Estados Unidos,” y fueron los “Estados Unidos” los que le dieron el uniforme y la espada que llevaba al cinto. Nó, mi querido Nolan, fué únicamente porque los “Estados Unidos” le eligieron á Ud. entre otros muchos como a uno de sus hombres de honor y confianza, que Aarón Burr le apreciaba á Ud, un poco más que á los remeros que manejaban su esquife.

Yo no disculpo á Nolan, simplemente explico al lector por qué maldijo á su Patria y no deseó oír jamás su nombre. Sólo una vez más lo oyó. Desde ese momento, el 23 de Septiembre de 1807, hasta el día de su muerte, ocurrida el 11 de mayo de

EL HOMBRE SIN PATRIA

1863, nunca volvió á oirlo. Durante un lapso de medio siglo, y aún más, Nolan fué un hombre sin Patria.

El viejo Morgan, como ya he dicho, se sintió como herido por un rayo. Si Nolan hubiese comparado a Jorge Washington con el traidor Benedicto Arnold, o hubiera gritado “¡Viva el Rey Jorge de Inglaterra!”, Morgan no habría sentido una impresión peor. Llamó á su despacho particular á los miembros del Consejo de Guerra, y regresando después de quince minutos, con la cara pálida como la cera, dijo: “Prisionero, oiga Ud. la sentencia del Tribunal. El Consejo de Guerra, de acuerdo con el dictamen del Presidente, resuelve: que debe condenar, y por lo tanto condena, á Ud. a que jamás vuelva

EL HOMBRE SIN PATRIA

a oír el nombre de los Estados Unidos.”

Nolan se rió, pero todos los demás permanecieron mudos. El viejo Morgan estaba demasiado serio, y por un momento reinó en el salón un silencio sepulcral. Entonces el acusado, dándose cuenta de la importancia del acto, perdió su aire jactancioso. El coronel añadió: “Oficial, lleve Ud. al prisionero á Nueva Orleans en un buque armado, y una vez allí, entré-gueselo al Comandante naval.”

El Oficial dió las órdenes, y el prisionero fué sacado del Tribunal.

“Sr. Oficial, continuó el viejo Morgan, cuide Ud. de que nadie mencione el nombre de los Estados Unidos al prisionero. Presente mis respetos al Teniente Mitchell en Nueva

EL HOMBRE SIN PATRIA

Orleans, y pídale que dé las órdenes del caso a fin de que nadie nombre los Estados Unidos al prisionero mientras esté a bordo. Ud. recibirá esta noche las instrucciones escritas del Jefe. Se levanta la sesión.”

Siempre he creído que el Coronel Morgan mismo llevó el fallo del Consejo de Guerra a Washington, y lo presentó a Mr. Jefferson para su aprobación. Si he de dar crédito á las personas que dicen haber visto la firma oficial, el Presidente le dió su aprobación. Antes de que el Nautilus, con el prisionero a bordo, pudiese abandonar el Golfo de Méjico para entrar en el Atlántico del Norte, la sentencia había sido aprobada, y Nolan era un hombre sin Patria.

El plan adoptado de tenerle siem-

EL HOMBRE SIN PATRIA

pre a bordo de un buque de guerra, se cumplió hasta el fin. Tal vez surgió la idea por la necesidad que hubo de enviar a Nolan por agua desde el Fuerte Adams a Nueva Orleans, y desde aquí hasta la costa del Atlántico. El Secretario de Marina, que supongo era entonces el primer Crowninshield, aunque no lo recuerdo bien, fué encargado por el Gobierno de poner a Nolan a bordo de un buque nacional destinado a una larga expedición, y además se le dieron instrucciones al efecto de que Nolan tuviera toda la libertad posible, con la única excepción de no saber jamás nada relativo á su Patria.

En aquella época no teníamos largas expediciones y además la carrera naval era mirada con poco fa-

EL HOMBRE SIN PATRIA

vor. Como he dicho que esta historia se sabe por tradición, no sé cuál podría haber sido su primer viaje; pero el comandante á quien se entregó el prisionero, talvez Tingley o Shaw, (juzgo que fué uno de los comandantes más jóvenes de entonces) dió las órdenes del caso, tomó todas las precauciones necesarias y el plan se llevó a efecto, supongo yo, hasta la muerte de Nolan.

Cuando yo era oficial segundo del "Intrépido," treinta años después, ví el documento original de instrucciones. Siempre he sentido mucho no haberlo copiado íntegramente. Decía poco más ó menos así:

EL HOMBRE SIN PATRIA

“Washington (fecha que debió haber sido
a fines del año 1807)

Señor:

Ud. recibirá del Teniente Neale la persona de Philip Nolan, quien hasta hace poco fué Teniente del Ejército de los Estados Unidos.

En el proceso iniciado contra él ante un Consejo de Guerra, el acusado afirmó, maldiciendo, que jamás quería oír el nombre de los Estados Unidos.

El Consejo le sentenció de modo que fueran cumplidos sus deseos.

Por ahora el Presidente Jefferson ha confiado la ejecución de tal sentencia á este Despacho.

Ud. llevará al prisionero a bordo de su buque, y tomará todas las precauciones necesarias para que no pueda evadirse.

Ud. le proveerá del alojamiento, ración y vestuario propios de un oficial del grado que últimamente tenía, y le tratará como si fuera un pasajero a quien se hubiesen

EL HOMBRE SIN PATRIA

encomendado algunos asuntos del Gobierno.

La oficialidad de a bordo procederá como guste respecto á su trato social con el prisionero, siempre que éste no se vea expuesto a humillaciones de ninguna clase, ni debe hacerle sentir tampoco su condición actual.

Bajo ninguna circunstancia ha de oír hablar de su país, ni recibir noticias de él, y Ud. recomendará especialmente á todos los oficiales bajo sus órdenes, que esta disposición, que lleva envuelta su castigo, no se contravenga aun en medio de los favores que se le concedan.

Es voluntad del Gobierno, que nunca vuelva a ver el país de que él ha renegado. Antes de terminar la expedición, Ud. recibirá las órdenes que harán efectiva esta resolución.

De Ud. atento servidor,
Por el Secretario de Marina,
W. SOUTHARD."

EL HOMBRE SIN PATRIA

Si yo hubiera conservado la copia completa del documento, no habría interrupción alguna en el comienzo de esta historia, porque el Capitán Shaw, si en efecto fué él, lo entregó á su sucesor y éste al inmediato, y supongo que el Capitán del "Levant," lo conserva hoy como comprobante para justificar su trato leniente al prisionero.

Me imagino que el reglamento adoptado a bordo de todos los cruceros en los que encontré al "Hombre sin Patria," fué puesto en ejecución desde el principio. Los oficiales no siempre querían tenerle en su mesa, porque su presencia impedía todas las conversaciones referentes al hogar, al regreso á la Patria, a la política, a la paz o a la guerra; en fin, les privaba

EL HOMBRE SIN PATRIA

de todos los temas de conversación tan comunes cuando se está á bordo. Asi mismo, todos pensaban que debería ser muy penoso para él, no encontrarse con nosotros sino únicamente para cambiar un saludo. Por consiguiente adoptamos el sistema siguiente: no se le permitía hablar con nadie sino en presencia de un oficial, pero con los oficiales tenía toda la libertad posible hasta cierto límite. Por otra parte, él se manifestaba reservado aun cuando tenía sus predilectos, contándome yo en el número de ellos. El Capitán le invitaba á comer los lunes, y por turno, a su vez, los diferentes grupos de oficiales, con el resultado de que lo teníamos con mayor o menor frecuencia a la mesa, según el menor o mayor

EL HOMBRE SIN PATRIA

personal del buque. El desayuno se le servía siempre en su camarote, el cual se hallaba situado en lugar tal que el centinela o el que estaba de guardia, pudieran observar constantemente la puerta. Todas las demás veces que comía y bebía, lo hacía solo. Cuando los marineros tenían una fiesta, se les permitía invitar a “Botones Sencillos,” nombre que le había dado la tripulación. En tales ocasiones, Nolan iba acompañado de un oficial, y se prohibía a todos hablar de la Patria mientras él estuviera presente. Me supongo que un castigo semejante, debía producir gran efecto moral sobre todos los que le rodeaban. Llamábanle “Botones Sencillos” porque, si bien es cierto que usaba por su gusto el uniforme

EL HOMBRE SIN PATRIA

del ejército, no llevaba los botones correspondientes por tener éstos las iniciales o el escudo del país, del cual él había renegado.

Recuerdo que muy poco después de haber entrado en la marina, salté á tierra con algunos de los antiguos oficiales de nuestro buque y otros del "Brandywine," buque que habíamos encontrado en Alejandría, y se nos concedió permiso para organizar una partida con el objeto de visitar las Pirámides y el Cairo. Mientras cabalgábamos (en ese tiempo se viajaba por las orillas del Nilo en asnos), los compañeros empezaron a hablar de Nolan y uno de ellos explicó el sistema adoptado sobre sus libros y otras materias de lectura. Como casi nunca se le permitía ir a

EL HOMBRE SIN PATRIA

tierra, aun cuando el buque a veces estaba meses enteros anclado en los puertos, el tiempo corría lento y pesado para él; por consiguiente á todos les era permitido prestarle libros, siempre que no hubiesen sido publicados en los Estados Unidos, ni hiciesen mención del país. Libros de esta clase eran muy comunes en aquellos tiempos, cuando los habitantes del otro hemisferio sabían tanto de los Estados Unidos como sabemos hoy del Paraguay. De vez en cuando, leía todos los diarios extranjeros que llegaban a bordo, pero siempre eran revisados y se recortaba cualquier aviso o párrafo referente a los Estados Unidos, lo cual era muy duro á veces, especialmente cuando al reverso de la hoja quedaba alguna

EL HOMBRE SIN PATRIA

noticia importante. Así, por ejemplo, en medio de la descripción de una batalla de Napoleón, o en una parte donde estaba uno de los discursos de Canning, se encontraba de pronto un recorte, solo porque el lado opuesto contenía noticias de la salida de un buque para Nueva York, o una parte del Mensaje Presidencial. Por primera vez me dí cuenta de este plan, que hasta entonces no conocía, y el cual me dió bastante que hacer después.

Lo recuerdo bien, porque el Oficial Phillips, que era uno de los de la partida, cuando la conversación recayó sobre lectura en general, relató un incidente ocurrido en el Cabo de Buena Esperanza durante el primer viaje de Nolan, siendo ésta la única vez que yo supe algo relativo a tal viaje.

EL HOMBRE SIN PATRIA

Habían hecho escala en el Cabo y después de cambiar cortesías con el Almirante Inglés y su oficialidad, al partir hacia el Océano Indico, Phillips pidió prestados unos cuantos libros ingleses a un oficial, los cuales en aquel tiempo, como hoy, eran muy escasos y bastante apreciados. Entre los libros, quiso la suerte que viniera el “Lay of the Last Minstrel,” del cual todos habían oído algo, pero ninguno lo había leído porque, según creo, hacía poco tiempo se había publicado. Nadie pensó que el poema pudiese contener algo referente á los Estados Unidos, aunque Phillips juró que el Capitán Shaw había recortado “La tempestad” de Shakespeare antes de entregárselo á Nolan, porque allí se encontraba lo siguiente:

EL HOMBRE SIN PATRIA

“Las Bermudas deben pertenecernos y juro a Dios que serán nuestras algún día.”

Una tarde se permitió a Nolan formar parte de la reunión, cuando algunos se sentaron sobre cubierta a fumar y leer en alta voz. Esa costumbre va perdiéndose, pero cuando yo era joven, pasábamos muchas horas de ese modo. De pronto le llegó a Nolan su turno de leer y ciertamente que leía muy bien. Nadie sabía una sola línea del poema sino que trataba de encantamientos y caballerías, y que la acción ocurrió hacía diez mil años. El pobre Nolan leyó con entusiasmo hasta cierta parte, se detuvo luego un momento, bebió algo y continuó, sin darse cuenta de lo que seguía:

EL HOMBRE SIN PATRIA

“¿Hay por ventura en la extensión del mundo

Humano ser con alma tan rastrera
Que jamás á si mismo se haya dicho . . .”

Parece imposible que nadie hubiera oído estas líneas sino por primera vez, y sin embargo, tal era el caso entre los que ahora las escuchaban. El pobre Nolan siguió leyendo mecánicamente:

“Esta es mi patria, mi nativo suelo;”

Todos comprendieron entonces que algo iba á ocurrir, pero el joven palideciendo y esperando tener fuerzas para concluir, siguió así:

“Que al regresar desde lejanas tierras
Tras largos años al hogar paterno
No haya sentido el crazón bullir?
Márcalo con estigma si tal hallas;

EL HOMBRE SIN PATRIA

Al llegar á este punto todos estaban emocionados. Hubieran deseado que Nolan omitiera las dos páginas siguientes, pero le faltó presencia de ánimo, enrojeció y continuó:

“No cantes para él, nativo bardo,
Que a pesar de sus títulos. linaje,
Riquezas y renombre sin segundo,
Con todo su poder, grandezas, pompa,
Maldito en su egoismo, despreciado
El valle de la vida cruzará,
Y muerto, sus cenizas miserables
Al polvo vil del que en infausta hora
Surgió, retornarán sin un recuerdo,
Una lágrima, quizá ni una plegaria.”

Aquí el desdichado enmudeció y se levantó, arrojó el libro al mar y corrió á ocultarse en su camarote. Y “por cierto,” añadió Phillips, “no le vimos más por espacio de dos meses.

EL HOMBRE SIN PATRIA

·Tuve que inventar una disculpa al oficial inglés por no poder devolverle el tomo de Sir Walter Scott.”

Este incidente acaeció poco más o menos en el tiempo en que Nolan comenzó a abandonar su arrogancia. Al principio se daba mucho tono, consideraba su encierro como una farsa, pretendía gozar del viaje y de todo lo que sucedía, pero Phillips dijo que cuando el joven salió otra vez de su camarote, ya no era el hombre de antes. Nunca leía ya en alta voz más libros que la Biblia, Shakespeare ú otros de los cuales estaba plenamente seguro. No era eso todo; nunca volvió á tratar a los oficiales con tanta familiaridad como antes. Cuando le conocí era muy reservado, rara vez hablaba a menos que se le dirigiera la

EL HOMBRE SIN PATRIA

palabra, excepto con sus poquísimos amigos. A veces se animaba un poco. Recuerdo que cuando era ya de edad avanzada, le oí un día hablar elocuentemente sobre uno de los sermones de Flechier, pero generalmente tenía una mirada nerviosa, cansada, como la de un hombre cuyo corazón estaba profundamente herido.

Cuando el Capitán Shaw emprendió el viaje de regreso, sorprendió á todos dirigiendo su buque á las Islas Windward, las que costeó por una semana. Los marineros decían que los oficiales estaban cansados de carne salada y querían probar sopa de tortuga antes de volver a la Patria. Pero después de algunos días, el crucero "Warren" llegó al mismo punto

EL HOMBRE SIN PATRIA

de cita, cambiaron señales y enviaron al oficial Phillips y a sus compañeros cartas y periódicos, informándoles á la vez de que probablemente seguirían rumbo al Mediterraneo. Nolan con su equipaje fué trasladado al “Warren” para empezar su segunda expedición. Grande fué su sorpresa, puesto que ya había aprendido á conocer por las estrellas el rumbo que llevaba, y creyó que al fin regresaba á la “Patria”; mas ahora comprendió que iba a ocurrir con él lo que no había creído posible, es decir: que no volvería a la Patria, ni en calidad de preso.

Este fué el primero de los veinte cambios que tuvo que sufrir Nolan y por cuya causa llegó a conocer la mitad de nuestros mejores barcos.

EL HOMBRE SIN PATRIA

De este modo se encontró toda su vida a centenares de millas de su Patria, a la que él no quiso jamás ver ni oír nombrar.

Puede ser que haya sido durante su segundo viaje (a lo menos ésto ocurrió cuando el buque navegaba por el Mediterraneo), que la Señora Graff, célebre por su belleza en todos los Estados del Sur, bailó con él. Por largo tiempo el buque de Nolan había estado anclado en la bahía de Nápoles. Se dieron grandes fiestas, y nuestros oficiales habían llegado á hacerse muy amigos de la oficialidad de la flota inglesa. Los nuestros pensaron que debían dar un baile a bordo. No sé cómo tuvo éste lugar a bordo del "Warren." Talvez no fué en ese barco, o quizás las señoras con sus

EL HOMBRE SIN PATRIA

vestidos no ocupaban entonces tanto espacio como hoy. Los oficiales deseaban usar el camarote de Nolan, pero no querían pedírselo sin invitarle al baile; el capitán les dió permiso para hacerlo, pero impuso la condición de que el joven no hablaría con nadie que pudiera darle noticias de su Patria. El baile se dió y fué de primera clase indudablemente, porque yo nunca he oido de un baile a bordo de un buque de guerra, que no lo sea. Asistieron la familia del Cónsul de los Estados Unidos, algunos viajeros que se habían aventurado t an lejos de su tierra, y un selecto grupo de señoras y jóvenes inglesas entre las cuales quiz as se contaba la misma Lady Hamilton.

Distintos oficiales se relevaron

EL HOMBRE SIN PATRIA

cerca de Nolan a fin de evitar que se le hablara, lo cual hicieron disimuladamente. El baile estuvo muy animado, y hasta los que formaban la guardia de honor de Nolan, no habiendo tenido contratiempo alguno, descuidaron la vigilancia, tanto, que pareció muy natural a Nolan acercarse a la bella señora Graff y decirle: “Espero, señorita Rutledge, que Ud. no me haya olvidado. ¿ Puedo tener el honor de bailar con Ud.?”

Tan repentinamente lo dijo, que Fellows, que estaba a su lado, no pudo detenerle. La señora se rió y contestó: “No soy ya la señorita Rutledge, señor Nolan, pero no tengo inconveniente en bailar con Ud.” Luego hizo una señal de despedida a Fellows, como para indi-

EL HOMBRE SIN PATRIA

carle que le dejara a Nolan, y condujo a éste hacia el lugar donde se organizaba la danza.

Nolan creyó que le había llegado la ocasión tanto tiempo esperada. La había conocido en Filadelfia y la había encontrado en otras ciudades, de modo que consideró el encuentro como cosa providencial. No es posible hablar durante las contradanzas como se hace en los cotillones ó durante las pausas del valse; pero siempre había oportunidades para hablar por señas ó por el lenguaje de los ojos. El comenzó a hablar de sus viajes a Europa, del Vesuvio, de los franceses, y así como llegó la oportunidad de hablarle sin interrupciones, un poco pálido y con desenfado le preguntó, según ella me contó

EL HOMBRE SIN PATRIA

años después: “¿Y qué noticias tiene Ud. de nuestra Patria, señora?”

Esa mujer espléndida, indignada, le miró con el mayor desdén. ¡Que expresiva debió haber sido aquella mirada!

“¡Patria! . . . ¡Sr. Nolan! . . . Creía que Ud. era el hombre que no quería oír hablar nada de su Patria.” Y separándose, se dirigió a donde estaba su esposo, dejando a Nolan sólo, como siempre lo había estado. En cuanto a él, no bailó más.

Este es uno de los episodios, elegido entre muchos, relatados por espacio de cuarenta años sobre la vida de Nolan. Los compañeros solían decir que era “La Máscara de Hierro,” y el pobre Jorge Pons murió en la creencia de que Nolan era el autor

de "Junius" y que estaba sufriendo el castigo por su célebre publicación contra Tomás Jefferson. Como se vé, la historia no era el fuerte de Pons.

Una historieta más agradable que la anteriormente relatada, se refiere a la guerra acaecida poco después. Me la han referido de tres o cuatro modos distintos y en realidad pudo haber sucedido más de una vez. En qué buque tuvo lugar, no puedo decirlo; pero creo que ocurrió en uno de aquellos grandes combates navales con los ingleses, en el que nuestra Armada recibió el bautismo de fuego. Por casualidad una bala enemiga entró por la portezuela, mató al Jefe de cañon y a casi todos los tripulantes que le ayudaban. Ahora

bien; Uds. podrán decir lo que quieran sobre el valor, pero escenas como éstas no son para recordadas con agrado. Cuando los que habían quedado ilesos se levantaron, y tanto éstos como los ayudantes atendían a los heridos y se llevaban a los muertos. Nolan, en mangas de camisa, apareció con la baqueta del cañón en la mano, y como si hubiera sido el Jefe de la Batería, dió sus órdenes con autoridad, designó a los que debían retirar a los heridos y atenderlos, y a los que debían quedar con él, todo con el ánimo alegre y la confianza que infunde la idea de que todo va bien y de que todo saldrá bien. El mismo acabó de cargar la pieza con sus propias manos, apuntó y dió la orden de disparar, y allí quedó como

el Capitán de cañón, animando a sus hombres hasta que el enemigo se rindió, sentándose encima de la cureña mientras la pieza se enfriaba, aun cuando estaba expuesto al fuego enemigo, ayudando siempre, mostrando el modo más fácil de manejar la carga, haciendo reír a los novicios por su falta de rapidez, cargando de nuevo cuando el cañón se había enfriado y disparándolo dos veces más aprisa que cualquiera de los oficiales de a bordo.

El Capitán se adelantó como para animar a la tripulación. Nolan le hizo un saludo y le dijo: Estoy enseñándoles, cómo lo hacemos en la Artillería.

En esta parte de la historia todas las tradiciones están de acuerdo. El

Comodoro interpuso: “Ya lo veo. Mil gracias. Nunca olvidaré este día, ni lo olvidará Ud. tampoco.”

Concluido el combate y rendido el enemigo, en medio de todas las ceremonias y formalidades para el festejo del triunfo en el alcázar, el Comodoro preguntó: “¿Dónde está el señor Nolan? Decidle que venga.”

Al presentarse Nolan, el Capitán le dijo: “Sr. Nolan: le estamos muy agradecidos. Ud. es uno de los nuestros hoy y haré especial mención de Ud. en el parte oficial.” Entonces el Comodoro, se desciñó su espada de gala y entregándosela a Nolan, se la hizo poner. Uno de los que ésto presenciaron me refirió que Nolan lloró como un niño, y razón tuvo para hacerlo, pues no podía ser de otra

EL HOMBRE SIN PATRIA

manera: No había llevado espada desde el infausto día de su condena en el Fuerte Adams. Desde ese día, en todas las ceremonias siempre llevó la antigua y curiosa espada del Comodoro.

El Capitán, en efecto, le mencionó en el parte y aun pidió al Gobierno que lo perdonara. Además escribió una carta particular al Ministro de la Guerra. Pero no se obtuvo resultado alguno. Como he dicho, ésto ocurrió en tiempos en que el Gobierno empezaba á olvidar todo lo relativo á Philip Nolan, y cuando su confinamiento seguía ya por costumbre porque no había nadie que se atreviera a darlo por terminado sin órdenes del gobierno.

He oido decir también, que estuvo

EL HOMBRE SIN PATRIA

con Porter cuando éste se posesionó de las Islas Nukahiva. Como Oficial de Artillería en el servicio del Oeste, Nolan sabía más de fortificaciones, cañoneras, rebellines y empalizadas que cualquier otro, y trabajó por arreglar bien la batería, con gran entusiasmo y por su propia voluntad. Siempre he pensado que fué una lástima el que Porter no le hubiese dejado allí al mando junto con Gamble, porque ésto hubiera sido el término de su castigo. Nosotros hubiéramos debido retener las Islas, que serían ahora una estación naval nuestra en el Pacífico. Los franceses, al desearlas para estación balnearia, las hubieran encontrado ya ocupadas. Pero Mádison y el

EL HOMBRE SIN PATRIA

pueblo del Estado de Virginia nos hicieron perder la ocasión.

Todo ésto sucedió hace medio siglo. Si entonces Nolan tenía treinta años, debe haber tenido ochenta más ó menos cuando murió. A los cuarenta, tenía el aspecto de sesenta, pero después, según mi parecer, no cambió, ni envejeció. Por lo que de él he sabido, debió haber estado en todos los mares del mundo y sin embargo casi nunca bajó a tierra. Debió haber conocido más oficiales de nuestra Armada que ningún otro en el servicio naval. Una vez me dijo, con sonrisa grave, que no había hombre sobre la tierra que llevase una vida tán metódica como la suya. “Ud. sabe que los compañeros me llaman “La Máscara de Hierro,” y

EL HOMBRE SIN PATRIA

Ud. sabe cuán ocupado éste estaba siempre.” Así mismo dijo, que no convenía ocuparse en leer todo el tiempo, ni trabajar de seguido; que él leía precisamente cinco horas diarias. “Después,” agregó: “llevo un libro de apuntes en donde anoto, á ciertas horas, párrafos escogidos de los libros que leo.” Sus notas, en efecto, eran muy curiosas. Tenía seis u ocho cuadernos, cada uno sobre diferentes materias, entre ellos uno de Historia, otro de Ciencias Naturales, y otro al que dió el título de “Apuntes Diversos.” Estos cuadernos no estaban formados con solo recortes de periódicos; contenían diversidad de cintas, conchitas adheridas a las páginas, pedacitos de hueso y de madera, esculpidos, bien labrados

EL HOMBRE SIN PATRIA

y pintados de color por individuos á quienes Nolan había enseñado a hacerlo. Por lo que toca a él, dibujaba admirablemente. Tenía algunos dibujos de lo más graciosos y alegres, y otros de lo más patéticos y tristes. Quien sabe a qué manos vinieron a parar los libros de memorias y apuntes de Nolan.

Decía que su lectura y sus apuntes eran su profesión y que le ocupaban cinco y dos horas, respectivamente. “Después, añadía: “todo hombre debe tener un entretenimiento tanto como una profesión. Mi diversión es la Historia Natural.” Esta ciencia le ocupaba dos horas más del día. Los hombres solían traerle pájaros y pescados, pero durante una larga expedición tenía que contentarse es-

EL HOMBRE SIN PATRIA

tudiando cientopíes, cucarachas y otros bichos. Era el único naturalista que he conocido que sabía las costumbres de las moscas y del mosquito. Cualquier naturalista puede decir si pertenecen a los "Lepidópteros" o á los "Esteptopóteros," pero en cuanto a cómo deshacernos de ellos, o cómo se nos escapan cuando queremos matarlos, Linneo sabe tanto de ello como Juan Fox, el idiota.

Nolan, pues, dedicaba nueve horas diarias al trabajo, y el resto del tiempo lo empleaba en divertirse, hablando o paseando sobre cubierta. Hasta que fué muy viejo, subía siempre a lo alto de los mástiles; hacía mucho ejercicio y nunca se oía decir que estuviera enfermo. Si cualquiera de los tripulantes se en-

fermaba, él lo cuidaba solícito y cariñoso, y sabía tanto como cualquier cirujano. Si alguien enfermaba de gravedad ó estaba á punto de morir, él, si el Capitán lo permitía, en cualquier ocasión estaba dispuesto a leer las oraciones del caso, y ya he dicho que lo hacía con mucha elocuencia.

Conocí por primera vez a Philip Nolan seis u ocho años después de la guerra. Entonces yo era Guardia Marina y hacía mi primera expedición. Poco después del Tratado sobre el Tráfico de Esclavos, estábamos en el Atlántico del Sur por este mismo asunto. Desde el momento en que conocí a Nolan, pensé que era una especie de Capellán laico, pero jamás averigué nada sobre

EL HOMBRE SIN PATRIA

él. Para mí, todo a bordo era muy extraño. Sabía que era muy de novicio el hacer preguntas y además suponía que siempre se encontraba un “Botones Sencillos” en todos los buques de la Nación. Le invitábamos a comer con nosotros todas las semanas, y la advertencia que siempre se nos hacía en estas ocasiones, era que no se le permitiera ninguna conversación a cerca de la Patria; pero si nos hubieran ordenado, que no se hable del planeta Marte ó del Libro de Deuteronomia, no habría preguntado el por qué; de muchas cosas a bordo no encontraba yo la razón. La primera vez que me dí cuenta del “Hombre sin Patria” fué, cuando registrábamos una goleta que llevaba un cargamento de esclavos.

EL HOMBRE SIN PATRIA

El oficial enviado á hacerse cargo de ella, devolvió su bote para que le trajeran alguien que hablase portugués. Todos estábamos sobre cubierta cuando llegó el mensaje, y todos deseábamos poder servir de intérpretes cuando el Capitán preguntó quién hablaba portugués; pero ninguno de los oficiales lo sabía, y justamente cuando el Capitán enviaba á preguntar si alguien de la tripulación podía servir para el caso, Nolan se adelantó y dijo que se prestaría con agrado á hacerlo, si el Capitán lo deseaba, pues conocía el idioma. El Capitán se lo agradeció, equipó otro bote para Nolan, y quiso mi suerte que fuera yo quien le acompañara. Al llegar, presenciamos una de aquellas escenas que rara vez se ven

EL HOMBRE SIN PATRIA

y que nunca se desean volver a ver. Suciedad más allá de lo imaginable y un espantoso caos reinando en medio de ella. No había muchos negros. Para hacerles entender que eran libres, Vaughan ordenó que les quitaran los grillos y las esposas y que se las pusieran á los bribones tripulantes. Casi todos los negros habían salido de las bodegas, como las abejas salen de la colmena, y estaban desparramados sobre la sucia cubierta; un grupo rodeaba a Vaughan y le hablaba en toda clase de dialectos africanos conocidos. Cuando subimos a bordo, vimos a Vaughan de pié sobre un tonel, gritando desesperadamente:

“Por el amor de Dios, ¿hay alguien capaz de hacerles que me com-

EL HOMBRE SIN PATRIA

prendan algo? Los marineros les han dado rón, pero no consiguen aquietarlos; he tirado dos veces al suelo a ese hombrón y tampoco eso le ha calmado; comencé á hablarles a todos ellos juntos, Choctaw, el lenguaje de los indios, y que me maten si lo comprendieron tanto como el inglés.”

Nolan dijo que podía hablarles portugués, e inmediatamente trajeron ante nosotros dos espléndidos Kroomenes que se sabía habían trabajado con los portugueses en las costas de Fernando Pó.

“Dígales que son libres, dijo Vaughan, y que vamos a ahorcar a estos tripulantes bribones tan pronto como tengamos cuerdas suficientes.”

Nolan lo explicó en portugués de

EL HOMBRE SIN PATRIA

modo que los Kroomenes pudieran entenderlo explicarlo a su vez a los negros. Entonces se produjo una gritería infernal de satisfacción y alegría, y saltando y brincando se acercaban a Nolan a besarle los piés, corriendo enseguida hacia el tonel, sobre el que estaba Vaughan, para demostrarle su adoración como si fuera el “deux ex machina” de la ocasión.

“Dígales, dijo Vaughan alegremente, que los voy a llevar al Cabo de las Palmas.”

Esto no les agradó; el Cabo de las Palmas está tñn lejos de su tierra como Nueva Orleans o Rio de Janeiro; es decir, que desde ese punto jamás podrían llegar á su país. Entonces los intérpretes dijeron: “Ah,

EL HOMBRE SIN PATRIA

nó, nó, nó a las Palmas” y empezaron a proponer diferentes medios de resolver la dificultad, hasta que Vaughan, disgustado ya con el resultado de su generosidad al ofrecerles tanto, preguntó vivamente á Nolan qué era lo que decían. Este muy emocionado, con el rostro pálido y empapada la frente en sudor, así que pudo calmar á los negros, replicó: “Uno dice que a las Palmas nó. Otro; llévennos a nuestra Patria, a nuestros hogares, queremos nuestras mujeres y nuestros hijos. Este dice que tiene sus padres viejos y que morirían si no le volvieran á ver. Ese, que dejó a toda su familia enferma, habiendo venido remando á Fernando Pó en busca del médico blanca para rogarle que fuera a sal-

EL HOMBRE SIN PATRIA

vársela, y que al llegar a la bahía esos pícaros le agarraron a la vista de su casa y desde ese día no ha sabido nada de su hogar. Y aquel otro dice, balbuceó penosamente Nolan, que no ha sabido nada de su casa desde hace seis meses y que durante todo ese tiempo ha estado encerrado en un barracón infernal.”

Vaughan contaba después que en aquel día él había sufrido casi tanto como Nolan. Yo mismo, aún sin darme cuenta del tono apasionado del discurso de Nolan, pude observar en su fisonomía, así como en la de Vaughan, las huellas del dolor más profundo. Aun los negros mismos cesaron su gritería cuando se percibieron de la agonía de Nolan y de la casi igual compasiva aflicción de

Vaughan. En cuanto éste pudo dominarse, dijo “Dícales que sí, que sí. Dícales que pueden ir hasta las Montañas de la Luna, si quieren; y que aunque tenga que navegar por el Gran Desierto del Sahara los llevaré a sus casas.” Con un esfuerzo sobrehumano Nolan se los interpretó así.

Los negros empezaron de nuevo a besarle, tratando de frotar sus narices con la de él. Nolan no podía sufrir ya más y rogó a Vaughan que le dejara volver al buque. Al bajar al bote me llamó para que le acompañara, y una vez que nos hubimos sentado a la proa, Nolan me dijo: Vuelva siempre a los suyos, joven; olvídense Ud. a si mismo, pero a ellos jamás. Acuérdense siempre de su

EL HOMBRE SIN PATRIA

hogar, nunca deje de escribir á los suyos, de hablar de ellos y de enviarles recuerdos cariñosos. Que cuanto más se aleje de su hogar, más cerca esté en su mente, y que al quedar libre vuelva Ud. a él con ese cariñoso anhelo que por ella sienten esos pobres esclavos. “Por su Patria, joven,”—continuó con la voz temblando de emoción,—“por esa bandera”—y señaló la del buque,—“que todos los ensueños de su vida sólo sean de servirla como ella se merece; de obedecerla, si es necesario, contra todas las furias del infierno. Sin importarle lo que suceda, en medio de la alabanza y del vituperio, nunca mire otra bandera, nunca deje que la noche pase sin pedir al cielo que la bendiga y la proteja. Acuérdesese

EL HOMBRE SIN PATRIA

joven de que por encima de los hombres que Ud. trata, por encima de los oficiales, por encima del Gobierno, por encima del pueblo mismo, está la Patria, su Patria, a la que pertenecemos ni más ni menos que a nuestra propia madre. Defiéndala como defendería a su madre, querido joven, si esos piratas la tuvieran hoy entre sus manos.”

Sus palabras de pasión profunda me afectaron intensamente, y con precipitación le dije que así lo haría por lo más sagrado, y que nunca se me había ocurrido pensar de otra manera. Parecía que él no me escuchaba, mientras en voz tan baja que parecía un suspiro, decía: “¡Dios mío, si alguien me hubiera dicho ésto cuando yo era tñn joven como Ud.!”

EL HOMBRE SIN PATRIA

Creo que esa semiconfianza que me hizo, de la que nunca abusé, pues ésta es la primera vez que relato este incidente, fué la que después nos hizo grandes amigos. Siempre fué cariñoso conmigo, y muchas veces de noche me acompañaba cuando yo estaba de guardia. Me enseñaba las matemáticas, y a él le debo el gusto que por ellas tengo. Me prestaba libros y me ayudaba en el estudio de la literatura. Nunca volvió a aludir directamente a su historia, pero por uno u otro de los oficiales que traté en el espacio de treinta años, vine a saberla poco a poco. Cuando le dejamos en la bahía de Santo Tomás, al fin de nuestra expedición, lo sentí más de lo que puede imaginarse. Con gran placer volví á encontrarle

EL HOMBRE SIN PATRIA

en 1830, y más tarde, cuando tuve alguna influencia con el Gobierno, hice todos los esfuerzos posibles para conseguir su perdón, aunque sin resultado alguno. Todos en Washington pretendían que tal hombre no existía ni había existido nunca. Probablemente hoy dirían lo mismo en el Ministerio de Guerra. Quizàs este Ministerio no sabía nada, y nada tendría de extraño, pues no sería la primera vez que dejara de saber algo.

Se dice que una vez Nolan se encontró con Burr en uno de nuestros cruceros, cuando éste último subió a bordo, en el Mediterraneo, acompañado de un grupo de compatriotas. Pero no creo que ésto sea verdad, sino más bien un cuento *ben trovato* envolviendo un terrible golpe con el que

EL HOMBRE SIN PATRIA

Nolan abrumó a Burr cuando le preguntó qué tal le gustaría ser “un hombre sin patria.” Pero por lo que de la vida de Burr se sabe, tal incidente es imposible que haya ocurrido. Sólo puede mencionarse como uno de los muchos cuentos que circulaban entonces y que se forman siempre al rededor de lo que tiene algo de misterio.

Así pues, el pobre Philip Nolan vió sus deseos colmados. Sólo conozco una suerte más espantosa; la de aquellos que después de haber intentado la ruina de su patria, tienen que dejarla, y en el destierro contemplar desde lejos la gloria y la prosperidad que alcanzó, libre de sus iniquidades.

¡Pobre joven! Bien se arrepintió de su locura, pero como hombre de

EL HOMBRE SIN PATRIA

corazón, se sometió a la suerte que él mismo había querido para sí. Nunca creó dificultades a los que tuvieron el cargo delicado de cuidarle. Ocurrían a veces incidentes imprevistos, pero Nolan no tenía la culpa. El Teniente Truxton me conto una vez, que cuando se anexó Tejas, hubo una discusión muy acalorada entre los oficiales sobre si deberían apoderarse de una hermosa colección de mapas que tenía Nolan y quitar del Mapamundi y del Mapa de Méjico a Tejas. Cuando se compró el Atlas para Nolan se quitaron los Estados Unidos. Después de la discusión, se decidió, que quitar Tejas del mapa de Méjico era revelar lo que había sucedido, y como dijo Enrique Cole, hacerle pensar que Burr había tenido

EL HOMBRE SIN PATRIA

buen éxito en sus empresas. Nolan pues, no tuvo la culpa del incidente penoso que ocurrió un día en mi mesa cuando por corto tiempo mandé yo la corbeta "Jorge Washington" en la escuadra del Atlántico del Sur. Estábamos en el Río de la Plata, y algunos de los oficiales que habían ido a tierra nos divertían con relaciones de sus aventuras en la pampa argentina con los caballos criollos medio salvajes. Nolan, que nos acompañaba en la mesa, estaba muy alegre y comunicativo. Uno de los relatos le hizo recordar una aventura de su adolescencia cuando estaba en Tejas y ayudaba a su primo a cazar caballos salvajes. La contó con gran entusiasmo, tanto, que el silencio que muchas veces sucede a una buena his-

toria, reinó en la mesa por algunos momentos; silencio que fué interrumpido por Nolan mismo al preguntar con empeño: “Bueno, ¿y qué ha resultado con Tejas?” “Después que los mejicanos obtuvieron su independencia siempre pensé que Tejas progresaría rápidamente. Es una de las mejores regiones del mundo. Es la Italia de este continente. Pero desde hace veinte años nada he oído de Tejas.”

Había dos oficiales tejanos en la mesa. Si Nolan nada había oído hablar de Tejas, era porque todo lo referente a esa provincia había sido recortado de los periódicos desde el tiempo en que Austin empezó a colonizarla; así pués, mientras que había leído sobre Honduras y Tamaulipas,

EL HOMBRE SIN PATRIA

y hasta muy recientemente sobre California,—aquella virgen provincia en la cual su hermano había viajado tanto y en la que según creo murió, había dejado de existir para él—Waters y Williams, los dos tejanos, se miraron asombrados, tratando de no reír; Eduardo Morris miraba los eslabones que colgaban de la araña; Waters fué acometido por una convulsión de estornudos; Nolan mismo comprendió que algo había sucedido, pero no se dió cuenta de ello hasta que yo, que presidía la mesa, tuve que decir: “Tejas no está ya en el mapa, señor Nolan. ¿Ha leído Ud. el curioso cuento de la bienvenida dada á Sir Tomás Roe por el Capitán Back.”

Después de ese viaje no volví á ver

EL HOMBRE SIN PATRIA

á Nolan. Le escribí por lo menos dos veces al año porque habíamos llegado á ser muy íntimos amigos, pero nunca me contestó. Los compañeros me dijeron que durante los últimos quince años había envejecido mucho y muy rápidamente como uno puede imaginarse. Sin embargo, siempre fué el hombre sencillo y apacible que jamás se quejó de su suerte; siempre silencioso, sufrió el castigo elegido por él lo mejor que pudo; un poco menos comunicativo quizás con los nuevos individuos con quienes tenía que verse, pero al parecer más deseoso de enseñar a los camaradas, algunos de los cuales se puede decir le adoraban. Ya el pobre Nolan ha muerto; al fin encontró un hogar, una Patria.

EL HOMBRE SIN PATRIA

Desde que escribí lo que antecede, y mientras pensaba si debía ó no publicarlo como escarmiento á todos los Nolans, Vallandighams y Tanalls de hoy, para que aprendan lo que es rechazar la Patria, he recibido de Danforth, que estaba a bordo del "Levant," una carta en la que me da detalles sobre los últimos momentos de Nolan, la cual vino a disipar todas mis dudas sobre la publicación de esta historia.

Para comprender mejor las primeras palabras de la carta, el lector profano deberá recordar que después de 1817 la linea de conducta de todos los oficiales a quienes Nolan había sido confiado, era sumamente delicada. El Gobierno había dejado de renovar la orden de 1807 que conde-

naba a Nolan. ¿Qué debía hacerse? ¿Ponerle en libertad? En este caso se violaba la orden. ¿Retenerle entonces? Pero si por casualidad Nolan recobraba algún día su libertad, ¿no podría entablar juicio por prisión ilegal contra los oficiales que le tuvieron en custodia? Yo me apresuré a explicar todo ésto a Southard, y creo que otros oficiales hicieron lo mismo. Pero el Secretario en Washington siempre decía, como allí tienen costumbre, que no habiendo ninguna orden especial, nosotros tendríamos que obrar según nuestro propio juicio. O en otras palabras; “si Uds. tienen buen éxito, serán apoyados por el Gobierno; si se equivocan, sufrirán las consecuencias.”

EL HOMBRE SIN PATRIA

Bueno, como dice Danforth, todo ésto se ha acabado, aunque no sé si me expongo a una causa de procedimiento criminal, probada por la revelación misma que voy á hacer. He aqui la carta:

Levant, 2° 2' S. á 131° 0.

Querido Federico:— Busco ánimo para decirle que todo ha concluido para nuestro querido Nolan. Le traté en este viaje más que nunca, por cuya razón puedo ahora comprender perfectamente el que Ud. siempre hablase tån cariñosamente de nuestro inolvidable compañero. Veía que estaba ya muy debilitado, pero no tenía idea alguna de que el fin estuviese tån cercano. El médico había estado muy pendiente de él, y ayer por la maña me dijo que Nolan

se encontraba indispuerto y no había salido de su camarote, cosa que jamás había dejado de hacer, si mal no recuerdo. Había permitido que el médico entrase a verle,—era la primera vez que el doctor entraba en su camarote—Nolan le dijo que quería verme. ¿Recuerda Ud., querido amigo, los misterios que nosotros, los oficiales jóvenes, solíamos inventar acerca de su camarote cuando estábamos a bordo del “Intrépido”? Pues bien, entré, y allí ví al pobre Nolan en su cama. Sonrió con agrado al extenderme la mano, pero parecía muy débil. No pude menos de mirar al rededor mío y ví entonces cómo había formado de aquel estrecho lugar una especie de santuario. Había un retrato de Washington en-

EL HOMBRE SIN PATRIA

marcado por la bandera, y pintada por él un águila grande y majestuosa con rayos saliéndole del pico y las garras sosteniendo el mundo que con sus alas extendidas parecía querer proteger. El pobre enfermo vió que me fijaba en todo ello, y con una sonrisa triste me dijo: “Aquí, Ud. vé, tengo una Patria.” Entonces dirigió la mano hacia el lugar donde colgaba un mapa grande de los Estados Unidos, que yo no había visto antes. Nolan lo había dibujado de memoria y lo tenía siempre a la vista para contemplarlo cuando estaba en la cama. Nombres raros y curiosos se veían aquí y allá en letras grandes: “Territorio de Indiana,” “Territorio del Misisipí,” “Territorio de Luisiana,” como supongo que nuestros padres

aprendieron á llamarlos. El pobre había agregado Tejas y extendido su limite hasta el Pacífico, pero en esta costa no había dibujado nada.

“¡Ah, Danforth!” dijo: “sé que estoy muriéndome y que nunca volveré á ver mi país. Creo que Ud. puede decirme algo ahora. Nó, nó, no me diga nada; no hable hasta que yo le diga lo que estoy seguro que Ud. sabe; y es que no hay a bordo de este buque, ni en la America entera, —Dios la bendiga—un hombre más leal que yo, ni otro que más ame su bandera ni ruegue por ella como yo, ni que desée tanto para ella. En esa bandera hay treinta y cuatro estrellas ahora, Danforth. A Dios le doy las gracias por ello, aunque no conozco los nombres de los nuevos Estados.

EL HOMBRE SIN PATRIA

No se ha perdido una, gracias a Dios. Por eso sé que no ha habido ningún Burr que haya tenido éxito en su traición.” “¡Oh, Danforth, Danforth!” decía suspirando; “¡qué semejantes a una espantosa pesadilla parecen las ideas de fama personal o de soberanía independiente de un joven cuando se mira hacia atrás después de una vida como la mía; Dígame algo, Danforth. Por el amor de Dios, cuéntamelo todo antes de que muera.”

Inghan, le juro que en este momento me sentí un monstruo por no habérselo dicho todo antes. Sucudiese lo que sucediese; delicadeza o nó; ¿quién era yo para hacer el papel de tirano con ese santo infeliz anciano que había expiado hacía años, du-

rante la vida entera de virilidad de un hombre, la locura de una traición de muchacho? “Sr. Nolan,” dije; “le diré todo lo que Ud. quiera saber, pero dígame por donde quiere Ud. que empiece.”

¡ Qué bendita sonrisa iluminó su pálido rostro! Y apretándome la mano, dijo: “Dios le bendiga. Dígame sus nombres, y apuntó a las estrellas de la bandera. El último Estado que yo conozco es Ohio; mi padre vivía en Kentucky, pero he adivinado que han sido admitidos á la Unión los Territorios de Michigan, Indiana y Misisipí—en el que está el Fuerte Adams.—Son veinte. ¿Cuáles son los otros catorce?. Espero que no se han dividido los antiguos.”

EL HOMBRE SIN PATRIA

Bueno; éste no era tan mal tema, y se los nombré en el mejor orden posible. Me hizo bajar el hermoso mapa y dibujar con lápiz de la mejor manera que pude los nuevos Estados. Se volvió loco de alegría cuando le hablé de Tejas, y me dijo que su primo había muerto allí. Había marcado con una cruz color de oro el lugar donde él suponía que estaba sepultado, y había acertado con Tejas. ¡Qué satisfacción cuando vió California y Oregón! Esos, dijo, los sospechaba en parte porque nunca le fué permitido bajar á tierra en aquella costa, a pesar de las muchas veces que los buques estuvieron en ella. Y “los hombres,” dijo sonriendo, “traían a bordo algo más que pieles.” ¡Cuántos años atrás retro-

cedió su pensamiento para preguntar por el crucero “Chesapeake” y lo que hicieron á Barrón cuando lo rindió al “Leopard”!, Me preguntó si Burr había sido procesado de nuevo y por un momento mostró en su tono cuanto le odiaba, pero añadió enseñuida: “que Dios le perdone como yo le he perdonado ya.” Luego me hizo preguntas sobre la guerra con los ingleses, y me contó la parte que el había tomado en el manejo del cañón el día en que tomamos el buque “Java.” Preguntó por el querido Almirante Porter—como le llamó— Se calmó luego, y muy contento me escuchó relatarle en una hora la historia de los últimos cincuenta años.

Le hablé de la guerra con Inglaterra, de Fulton y del principio de la

EL HOMBRE SIN PATRIA

navegación a vapor; del viejo Scott, de Jackson, de todo lo que pude recordar del rio Misisipí, de Nueva Orleans y de Tejas, y aun de su mismo Estado de Kentucky. Me preguntó quién mandaba la “Legión del Oeste.” Le contesté que era un gallardo oficial llamado Grant, y que según últimas noticias estaba para establecer su Cuartel General en Vicksburg. “¿Y dónde está Vicksburg?”, preguntó. Le mostré en el mapa dónde debía estar, cien millas más ó menos rio arriba del Fuerte Adams, cuyo Fuerte, le dije, probablemente no existía ya.

“Entonces Vicksburg debe estar donde se hallaba la plantación del Sr. Vick, cerca de Walnut Hills, dijo. ¡Qué cambio tñ grande en todo!”

EL HOMBRE SIN PATRIA

Le repito, Inghan, que me fué sumamente difícil condensar la Historia de medio siglo en una hora de conversación. No recuerdo lo que le dije sobre la emigración y medios de ella, sobre vapores, ferrocarriles, telégrafos, invenciones, libros, literatura, colegios, la Escuela Militar de West Point y la Escuela Naval. Me interrumpía constantemente con las preguntas más raras. Era realmente un Robinson Crusoe investigando los hechos acumulados durante cincuenta y seis años.

Me acuerdo que de repente me preguntó quien era el Presidente, y cuando le contesté, quiso saber si Lincoln era hijo del General Benjamín Lincoln. Dijo que cuando era muy muchacho había conocido al General

EL HOMBRE SIN PATRIA

Lincoln en una conferencia para celebrar un tratado con los indios. Le dije que nó, que Abraham Lincoln era de Kentucky como él, pero que no podía decirle de qué familia, porque había salido de las filas del pueblo. “¡Magnífico!, me alegro mucho, exclamó Nolan. Muchas veces, pensativo y preocupado, he creído que nuestro peligro estaba en mantener en sucesión regular las primeras familias del país.”

Después le conté mi visita á Washington, mi encuentro con el Diputado por Oregón, Sr. Harding; le hablé del Instituto Smithsonian, de la Expedición Exploradora, del Capitolio y sus estatuas de la Libertad por Crawford y de Washington por Greenough; en fin, le dije todo lo que

EL HOMBRE SIN PATRIA

pude para demostrarle la grandeza y la prosperidad de su Patria, pero por vida mía, que no pude abrir la boca para decirle una palabra de la Guerra Civil.

¡Cúanto gozó escuchándome! Por último tornóse más y más silencioso, sin que se me ocurriera ni por un momento que pudiese estar cansado o que se sintiera débil. Le dí un vaso de agua, pero apenas si lo llevó á los labios. Me rogó que no le dejara, me pidió que le alcanzara un libro de oraciones que estaba sobre la mesa, añadiendo con una sonrisa que se abriría en la página deseada, y así ocurrió porque se abrió en una página marcada por él con una doble línea roja. Me arrodillé y leí lentamente, mientras él repetía mis palabras:

EL HOMBRE SIN PATRIA

“¡Oh, Dios misericordioso, por el bien de nosotros, y por el bien de nuestra Patria, gracias te sean dadas porque a pesar de todas nuestras iniquidades contra tus santos mandamientos, has continuado derramando sobre nosotros el tesoro inagotable de tus bondades!” y así continué hasta el fin de la oración.

Entonces tomó el libro en sus manos y abriéndolo al final leyó lo siguiente que tan conocido me era:

“De todo corazón imploramos tu favor para que ilumines y bendigas a tu siervo, el Presidente de los Estados Unidos y a todos los demás constituidos en autoridad” y así hasta el final de esta imploración.

“Danforth,” continuó; “por la mañana y por la noche, durante cin-

EL HOMBRE SIN PATRIA

cuenta y cinco años, he repetido estas oraciones.” Entonces me dijo que iba a dormir; me hizo inclinarme sobre él, me besó y añadió: “Mire en mi Biblia cuando yo ya haya partido.”

Salí, pero sin imaginarme siquiera que había llegado el fin. Creí que estaba cansado y que iba a dormir. Yo sabía que él estaba feliz, y deseaba dejarle solo. Pero una hora más tarde, cuando el médico entró silenciosamente a verle, Nolan había expirado, y en su faz vagaba una sonrisa dulce de paz. Junto a sus labios y oprimido contra ellos había algo. Era la medalla de la orden de Cincinnati que perteneció a su padre.

Al mirar en su Biblia, encontramos un papel escrito, señalando un verso

EL HOMBRE SIN PATRIA

de la Sagrada Escritura que decía:
“Mas ahora esperan a otra mejor,
esto es, a la Celestial. Y por eso
Dios no se desdeña de llamarse Dios
de ellos: porque les aparejó ciudad.”

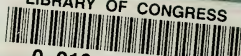
En el papel había escrito: “Enterradme en el mar. Ha sido mi patria y lo amo. ¿Habrá un alma caritativa que levante una lápida en mi memoria en el Fuerte Adams o en Nueva Orleans, con la siguiente leyenda, para que mi desgracia no sea mayor de la que debo sufrir?”

A LA MEMORIA DE

PHILIP NOLAN

Teniente de ejército de los Estados Unidos. Amó á su Patria como ningún hombre la ha amado, y ninguno como él mereció menos de ella.” (1)

LIBRARY OF CONGRESS



0 016 117 444 0

